

A LA HORA DEL ÁNGELUS

Por Odón Perifón.

Alicia heredó de su padre el color de los ojos, el sentido del humor y un modesto y saneado despacho alimentado por un pequeño ramillete de fieles clientes. De hecho, casi todos ellos acudieron a su funeral para despedirse de él. Las tensiones, los sinsabores y las preocupaciones inherentes al ejercicio de la abogacía terminaron cortocircuitando su corazón cuando el veterano letrado comenzaba a vislumbrar el disfrute de las humildes rentas de la jubilación.

Desde la ventana del despacho Alicia veía la imponente fachada del hospital ubicado al otro lado de la calle y, en ocasiones, en los momentos en que no sonaba el teléfono ni apremiaba el trabajo, se entretenía mirando el ajetreado ir y venir de usuarios y ambulancias, jugando a adivinar lo que ocurría en las habitaciones que tenía a la vista, observando la circulación de auxiliares y enfermeras y controlando los horarios de las rondas de los médicos. A veces eran imágenes nítidas y otras, simples siluetas entrando y saliendo de las estancias.

Una noche, en los primeros días del confinamiento domiciliario, Honorina, la madre de Alicia, comenzó a toser y nada podía detenerla. Por la mañana apenas era capaz de respirar. Diez minutos después de colgar el teléfono, Alicia vio desde la ventana de su despacho al equipo de emergencias cruzar la calle empujando la camilla sobre la que iba Honorina.

"Si me llevan ahí enfrente y no permiten que nos veamos, si es posible, cada día, a la hora del Ángelus, apoyaré una mano en la ventana como señal de que sigo viva", dijo la madre aquella noche infernal cuando la tos se hacía insoportable.

A Alicia, que aún luchaba por superar la ausencia de su padre sentado en el viejo sillón de cuero verde del despacho, le sobrevino la angustiosa sensación del vacío dejado por Honorina en el resto de la vivienda tras su precipitada evacuación.

Las primeras veinticuatro horas sin noticias se hicieron interminables. Alicia, incapaz de dormir ni un minuto, pasó la noche siguiendo el encender y apagar de las luces de las habitaciones y la incesante llegada de ambulancias recibidas por sanitarios envueltos en plásticos. Honorina no daba señales de vida, los teléfonos de información

no respondían y Alicia, a la que la tensión nerviosa causaba dolorosas rigideces musculares, permanecía durante horas pegada a aquella ventana hasta que caía rendida sobre el sillón.

A una eterna noche en vela, en la que Alicia buscó algo de evasión repasando los asuntos pendientes, que en esos días hibernaban en la profundidad de los juzgados, siguió una soleada mañana y en el hospital continuaba la frenética llegada de ambulancias y también, más discretamente, la procesión de furgones funerarios.

Nada más salir el sol, Alicia se apostó en la ventana, rastreando las decenas de ventanas del hospital en busca de algún indicio de la presencia de su madre. A mediodía, cuando la ansiedad empujaba al corazón a salirse por la boca, por fin avistó la alargada y huesuda mano de Honorina apoyada sobre la ventana de la quinta habitación, por la izquierda, de la tercera planta. Su madre estaba viva y ella, exhausta, rompió a llorar de alegría, dejándose caer sobre el sillón, donde inmediatamente se quedó profundamente dormida.

Los siguientes días transcurrieron así, con la madre y la hija separadas por una calle, cada una en su particular confinamiento y puntuales a su cita del Ángelus que durante unos segundos las unía íntimamente hasta casi hacerlas sentir en contacto, mano con mano,

Era una luminosa mañana de domingo. Alicia, decidida a mantener las rutinas familiares, un cuarto de hora antes del mediodía conectó el televisor y preparó la salita para seguir la misa, como si Honorina estuviera en casa. Incluso ahuecó su cojín favorito y colocó al lado la pequeña manta de cuadros. Faltaban cinco minutos cuando Alicia se situó, como cada día desde hacía un par de semanas, junto a la ventana del despacho, extendiendo su mano en el cristal. Pero esta vez el ventanal de la habitación de Honorina tenía las cortinas extendidas. Una fría descarga de electricidad recorrió la columna vertebral de Alicia, que se sostuvo en pie con dificultad. Cuando el reloj de pared comenzó a marcar las doce vio recogerse las cortinas y asomar una figura con la cara cubierta con gafas y mascarilla. Aquella persona sostenía lo que parecía ser un papel grande o una cartulina, que sujetó contra la ventana. Alicia reconoció inmediatamente en aquellos temblorosos trazos la escritura de su madre. “Te quiero, hija mía. Sé feliz”, leyó Alicia antes de que la figura enmascarada corriera nuevamente las cortinas.

Lentamente, intentando comprender lo que acababa de suceder, Alicia retiró su mano de la ventana y tomó asiento en el sillón de cuero verde. Y justo cuando desde lo más profundo de su ser le sobrevino una explosión de infinito dolor sonó el teléfono del despacho por primera vez en muchos días.